

**F. GARCIA  
PAVON**

## **LAS FRESAS DEL CAFÉ GIJÓN**

Los días sin faena especial, don Lotario hacía los mismos recorridos. Al acabar la mañana, a eso de la una y media, cuando calculaba que habían llegado los periódicos de Madrid, cerraba el laboratorio veterinario, se pasaba por la tienda de Quinito, compraba el diario y se acercaba al Ayuntamiento para recoger a Plinio y tomarse las cervezas convenientes, según la temperatura del día y la calidad de las tapas que diesen de combrebaje en el bar o casino elegidos.

Si Plinio no había terminado su quehacer, don Lotario, sentado en un rincón, hojeaba los periódicos. Aquel día, exactamente el primer sábado de mayo, Plinio había terminado el papeleo de la mañana, pero esperaba la llamada de la Guardia Civil para cierto asunto de tráfico. Ultimamente, el trabajo de la Policía Municipal se reducía casi exclusivamente a problemas de circulación, multas, estacionamientos y accidentes. Plinio, aunque tenía exclusivamente encargado de este negociado al Cabo Félix, resolvía él bastantes cosas que consideraba de superior incumbencia.

—Espere usted unas chuscas a ver si llaman los civiles y nos vamos, don Lotario, que tengo ya la lengua amojamá.

El veterinario siguió hojeando el periódico con las gafas a media nariz y el sol de espaldas. Plinio recolocaba las cosas de su escritorio y cerró los cajones con llave.

—¿Qué dicen hoy los papeles, don Lotario?

—Bastante crimen... Así que suben las temperaturas arrecian las pasiones, se potencian los mochaleces, y se vierte más sangre... Mira: "Muerto a golpes por septuagenario. Un hombre ha muerto en el acto golpeado con una barra de hierro por otro de setenta y ocho años..."

—Eso de que con los años viene la prudencia, en este caso falló.

—"...Asfixiado en un pozo"... "Diez y ocho intoxicados en una fiesta de Primera comunión..."

—¿Te lo leo?

—No. Siga a ver qué hay más.

—"Arden trece mil quinientos pollos."

—¿Pero en la parrilla?

—A ver... "Sevilla. Unos trece mil quinientos pollos, de tres días; y dos mil kilos de pienso han sido pasto de las llamas al producirse un violento incendio..." Como ves nada de parrillas. En la hoguera.

—Siga.

—"Mujer muerta a golpes y horriblemente mutilada. Madrid. En un descampado próximo a la carretera de Andalucía, a la altura del kilómetro 25, se ha encontrado el cadáver de una joven, todavía no identificada, muerta al parecer unas cuarenta y ocho horas antes a golpes en la cabeza, aunque además..." ¡Qué barbaridad... y con qué detalles está explicado!

—Pero hombre ¿qué pasa? ¿Qué está explicado con todo detalle?

—Fíjate —dijo don Lotario levantándose, poniéndole a Plinio el pe-

riódico sobre la mesa y señalándole con el dedo la parte del texto que quedaba por leer... ¿Qué te parece? ¡Qué dentera! Y mira que yo no soy aprensivo, aparte de que la profesión de uno no es precisamente de delicadezas. Pero eso no puedo ni pensarlo.

A todas estas reflexiones rechazativas no prestó Plinio ninguna atención. Después de la lectura se había quedado con la mejilla derribada sobre la mano izquierda, mirando sobre las gafas con mucha fijeza al clarión de la ventana.

—¿En qué piensas Manuel?

Pero Plinio, sin contestar palabra, se releyó con mucho detenimiento aquella crónica tan detallada. Y acabada la lección, miró a don Lotario con la cara tachada por una sonrisa sabihonda.

—¿Pero se puede saber qué te pasa, Manuel?

—Pues me pasa, don Lotario, que estoy pensando la gracia que tendría que yo, desde este modestísimo despacho de la G.M.T., pudiese darle a los gerifaltes de Madrid la clave del asesinato y mutilación de esa señorita encontrada en el kilómetro 25 de la carretera de Andalucía.

—¿Tú?

—... Podría ser, gracias al detalle, desacostumbrado como usted ha dicho muy bien, con que describen ahí las mutilaciones halladas en el cuerpo de la muerta.

—Ahora se entiende menos, Manuel. ¿Qué tienen que ver esas mutilaciones. —Ahhhhh, horror me da pensar en ellas— con tu clave del asesinato de esa señorita o lo que sea?

—Yo no digo que la tenga, fijo, seguro. Digo que a lo mejor la puedo tener. Porque no creo que haya muchos españoles especializados en esa clase de mutilaciones.

—Ya, pero sigue explicando.

—Muy sencillo, querido don Lotario. Cuando hace casi un año tuve que estar en Madrid un chorro de días por la operación de mi mujer, conocí de vista en el Café Gijón a cierta persona, según recuerdo haberle explicado, que al parecer tenía la sanguinaria costumbre...

—Angela, María, ahora caigo, Manuel.

—Es que usted cuando no vive los casos se los olvida al contar.

—No, no lo había olvidado. No se olvida tan fácilmente una cosa así. Pero que en este momento no caía. Compréndelo.

—Comprendido.

—¿Entonces tú crees?

—Hombre... puede ser. Sería mucha casualidad que hubiera en Madrid más de una persona dedicada a eso. Claro que nunca se sabe... Oiga don Lotario una duda que me llega.

—Tú dirás.

—Cuando a mi regreso de Madrid le conté el caso que llamó Cabañero "Las fresas del Café Gijón", usted no hizo la menor alusión o aspaviento. Y ahora, nada más leer lo mismo en el periódico, le ha dado un repelús que pa qué.

—Es verdad, Manuel. Según como le pilla a uno... Cosa de nervios será.

—Pues usted no es muy nervioso que digamos.

—No sé a donde quieres ir a parar, Manuel.

—A ningún sitio. Sólo señalar la diferencia de sus reacciones ante el fenómeno.

—¿Estás seguro que cuando me lo contaste no me dio repelús como tú dices?

—Seguro.

—Vaya memoria.

Llamaron por fin del Cuartel de la Guardia Civil, y cuando don Lotario, ya impaciente, se puso de pie con ganas de ir al cervecero, lo apaciguó Plinio:

—Espere usted un momento que llame a Madrid, a ver si les puedo dar una pista.

—¡Ah! yo creía que lo habías dicho en broma.

—Cómo voy a decir en broma una cosa así.

Se sentó el veterinario en el mismo borde de la silla, como siempre que algo le daba gusto, mientras Plinio empezó a hojear su agenda de bolsillo, hasta encontrar unas líneas escritas a lápiz. Buscó luego en el cuaderno de teléfonos un número, y llamó a Madrid con las pausas que él se gastaba para todo.

—Oiga... Oiga... ¿Comisario Perales? Soy Manuel González, el Jefe de Tomelloso. ¿Qué tal? Muy bien, sí señor. Vamos tirando. ¿Y esos amigos? Me alegro. Sí. Oiga, le llamaba porque he leído en el periódico lo de esa chica que han encontrado mutilada y muerta a golpes en la carretera de Andalucía... No, no la conozco, claro está... ¿Ah que ya está identificada? ...Una prostituta. Antoñita Martín ¿alias la Vespino? Qué tía... Pero yo le llamaba, Perales, porque conozco a uno que vive ahí, o al menos vivía, hasta hace seis o siete meses, que se dedicaba a esa clase de mutilaciones... Como lo oye. Y no creo que abunden... Ya le contaré cómo lo conocí. Se llama Alberto Dupón García. De unos sesenta años. Muy elegante. Más bien bajo. Con ciertas suavidades de lila, pero sin llegar a serlo. Y vive en la Colonia del Viso. Sí señor, para que usted vea. Sé hasta la dirección. Les sería muy fácil comprobar si tuvo alguna relación con la Vespino esa... Claro que lo sé de muy buena tinta. Mejor dicho, de varias buenas tintas... y por mi observación directa. Sí; sí es él, ya le contaré con detalles cómo lo conocí y esas observaciones que hice.

Cuando después de un buen rato, Plinio acabó la conferencia, marcharon al bar Alhambra a tomar las cervecillas tardías. Y de codos sobre el extremo de la barra, Plinio le recontó al veterinario con detalle el caso de "Las Fresas del Café Gijón" tal como ocurrió en Madrid, casi un año antes.

*FRANCISCO GARCIA PAVON, nacido en 1919, es hoy uno de los más sólidos valores de la narrativa española. Posee los premios "Nadal" y de la "Crítica". Es catedrático de Historia de la Literatura Dramática en la Real Escuela Superior de Arte Dramático. Su gran popularidad y crédito literario arrancan de la creación de su personaje "Plinio", jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, pueblo de la Mancha donde nació el escritor. "Plinio", que protagoniza varios cuentos y novelas de García Pavón, es la*



*contrafigura del "detective" clásico, y se singulariza por concurrir en él las características del campesino manchego: cazurrería, pragmatismo, sentido común y malicia, conformando un personaje literario sin precedentes. García Pavón no escribe novelas policíacas, sino que construye auténticas novelas reveladoras de un mundo entrañable y popular en torno a un accidente minimamente policíaco, con un lenguaje rico, jugoso, entrevelado de poesía y humor.*



*Versión del narrador omnisciente, del racconto de Plinio*

Entre unas cosas y otras, se pasó la Gregoria, la mujer de Plinio, un mes en la clínica madrileña. Primero con que si era o que si no era. (Menos mal que por fin no fue.) Luego con la operación, más luego con la recaída, y por último con la convalecencia. Plinio iba y venía los fines de semana, aunque cuando la operaron, pasó en Madrid bastantes días seguidos.

Como no le gustaba comer en la clínica, hacia la una caía por el Café Gijón, porque a esa hora pasaba por allí su paisano el poeta Eladio Cabañero. Juntos tomaban las cervezas y luego comían en alguna tasca de la vecindad.

Plinio siempre llegaba antes, y se sentaba solo, allá en los divanes rojos fronteros a la puerta. A aquellas horas daba gusto estar allí. Sólo estaba la tertulia de los solterones que presidía Isidoro el abogado y Lucilo el médico. Los tres o cuatro pintores que tomaban el aperitivo con Cristino Mayo. Medrano, el argentino de las barbas, haciendo crucigramas. Y algunos tipos sueltos de paso o temporeros, que bebían y fumaban mirando por los ventanales con aire de no tener prisa.

Plinio, como dije, entraba tranquilón, se sentaba en el diván, pedía la cerveza, y venga de observar a la gente y echar "caldos" hasta que llegaba Eladio.

Este, deslumbrado por la luz de la calle, entraba con los ojos guiñados y la cabeza un poco torcida. Plinio le levantaba la mano para hacerse notar, y Cabañero pretextaba de la misma manera su tardanza en localizarlo:

—Siempre me pasa lo mismo: al no verlo de uniforme me despisto. Es verdad, Manuel, no sé por qué se me figura que lo voy a encontrar con el atalaje municipal.

Y cuando por fin se sentaba junto al guardia mirándole muy de cerca y muy cariñoso y muy sonrisón, le hacía la misma pregunta: —¿Qué nuevas sabe Manuel González del Tomillar del Oso?

Y Plinio, con los ojos cargados de risa tierna, le contaba la última novedad que le hubiese comunicado por teléfono don Lotario, el Cabo Maleza o el mismísimo alcalde. Cuando acudía alguna visita a la clínica para ver a su mujer, había más textos sobre las nuevas del Tomillar. Y si no había absolutamente nada, Manuel le resumía poco más o menos la situación, con estas palabras:

—Pues nada, Eladio, lo de siempre. La Gregoria va la pobre volviendo a su ser. Y en el Tomillar del Oso, como tú dices, sigue la paz, y el vino subiendo. . . Lo malo es que ya no hay gota de vino que vender.

—Coño, pues no entiendo cómo puede subir lo que no hay.

—Lo mismo digo yo.

—Pero economistas tiene el país que sabrán explicarlo.

—Ajilimojili.

Otras mañanas Cabañero aparecía acompañado de alguno de los paisanos peritos en plumas o pinceles residentes en Madrid. Y así, más de dos veces llegó con Santiago López y su tío López Torres. Alguna vez con Félix Grande (el del cuerpo dado de sí y la cara larga). Y muy de tarde en tarde, con Antoñito López García, el de los ojos llenos de sonrisa.

Entre los tipos que frecuentaban el café a aquella hora, le llamó mucho la atención a Plinio desde el primer día, uno que solía sentarse algunas mesas más allá, pero en el diván frontero a la barra. No parecía hombre de nuestro tiempo. Como de unos sesenta años, elegantísimo, aunque al estilo de señorito de los años treinta, solía tomarse cuatro o cinco copitas de Jerez con ademanes muy finos, mientras leía el periódico displicentemente concentrado. . . A ver si me explico: Leía simulando que prestaba mucha atención al texto, pero al mismo tiempo, dando a entender que lo consideraba muy por bajo de su sensibilidad y categoría mental. Bebía con sorbos menudos, subiéndose la copa hasta los labios con los dedos puestos muy exquisitamente y sin dejar de leer. De vez en cuando, levantaba los ojos del periódico, y echaba una mirada rotativa y muy complicada por todo el café. Igualmente, cuando se dirigía al camarero o al limpiabotas, lo hacía con ese aire cortés, satisfecho y satisfactor. . . Pero a la vez displicente, como le ocurría con el periódico.

Más bien bajito, calvo, mejor dicho, con unos cabellos rubirrojizos prestados de una lado a otro de la cabeza y muy bien adheridos con fijador. Tan limpio y metódico en sus movimientos, que sólo le faltaban los botines y el monóculo para componer la estampa pretérita que digo. Entre copa y copa —este es otro detalle que a Plinio le distraía mucho— se fumaba unos cigarrillos rubios, pero calzados en una boquilla larguísima, que él manejaba con ritmos melódicos, aunque sin llegar a amaricados, ésa es la verdad. Otras cosa de aquel señor que llamaba mucho la atención del Jefe de la Policía de Tomelloso, era su falta de curiosidad. Jamás se fijaba o parecía fijarse en nadie de los que entraban al café. Cuando alzaba los ojos sobre el periódico, fumaba o bebía sin leer —pocos ratos—, su mirada parecía flotar en un limbo personalísimo. Y si miraba a algo o alguien, lo hacía con esa sonrisa cortesana y solitaria que dije, como si entre el humo del cigarrillo o los rayos de sol que entraban por los ventanales del Gijón, flotase otra parroquia sólo visible para él. Plinio, jamás sintió los ojos de aquel señor clavados en él un momento.

Daba la sensación de que la consideraba totalmente transparente.

Como Plinio, a través de Cabañero, había hecho cierta amistad con Fernando, el camarero, una mañana le preguntó si aquel señor era cliente antiguo del café.

—Ca, no señor. Viene sólo desde hace un par de meses. Y siempre solo.



Uno de aquellos días, Plinio llegó al café al mismo tiempo que el señor de la boquilla larga. Y lo vio descender de un coche muy lujoso, y con chófer. Plinio volvió sobre sus pasos para echarle un vistazo al automóvil que recordaba haber visto otras veces por aquellos alrededores. Por cierto que como así que el señor entró en el Gijón, el chófer marchó al contiguo café Teide, pudo detenerse ante el automóvil y leer en la Cédula el nombre de su vecino de mesa en el café; se llamaba: Alberto Dupón García.

Fue aquella misma mañana cuando Plinio descubrió algo en el semblante del señor Dupón que le sorprendió muchísimo. Sus ojos, siempre tan voladores, metafísicos y displicentes, se fijaban, cosa rarísima, en algo o en alguien con especial atención. El objeto de tan tensa mirada —Plinio lo localizó enseguida— era una chica. Más concretamente, el busto de una chica que estaba sentada de perfil junto a una de las mesas que hay en el centro del local, entre las columnas. La acompañaba un melencuado sentado frente a ella y cara al señor Dupón. La chica de costado miraba al alejado ventanal que era una eclosión de luz, echando el humo del cigarrillo por las narices con mucha parsimonia. El resto de la mañana, don Alberto Dupón García le pareció a Plinio un señor totalmente distinto del que conocía. Bebía distraído, y con un automatismo inédito en su ademanario. Aquella sonrisa cortesana que siempre encaramelaba su rostro, se había diluido totalmente. Muy serio, con gesto concentradísimo, las narices ligeramente arremangadas, y eso sí, siempre con disimulo, echaba ojeadas intensísimas al perfil de la joven. Por cierto que no tardó en comprender que esta observación era incompleta, ya que en seguida pudo concretar con total exactitud que las miradas del Sr. Dupón no abarcaban toda la geografía carnal y lateral de la chica; se fijaban de manera muy localizada en la parte de su busto más cimera. El vestido, que era reducidísimo, de tela azul oscura con flores desvaídas, tenía un peto estrecho sujeto a la nuca con un lazo. La apretación del peto en algunos momentos, sobre todo cuando la joven echaba la cabeza hacia atrás o levantaba el brazo, daba una tensión a la mama perfilada, que parecía interesar muchísimo al Sr. Dupón. Y cuando la chica se inclinaba y se aflojaba el peto, la parte de pecho que asomaba por el holgado lateral era tan ostentoso, que también parecía gustar sobremanera a don Alberto. La verdad sea dicha, comentó Plinio, que la chica no era un monumento ni mucho menos. Era una de esas morenuchas, un poco secas, que se llevan ahora, con la melena larga y la boca sin pintar, que se mueven y fuman igual que un muchacho. Pero, sí, desde luego, el bulto del pecho destacaba por su tamaño de la configuración general de ella.

La pareja de jóvenes, fumaba, y reía. De vez en cuando ponían las caras muy juntas y susurraban. Pero también pasaban largos ratos cada uno pensando en lo suyo, o consultando unas guías que tenían entre manos.

Los solterones de la mesa de al lado hablaban de política y Cabañero contaba cosas del pueblo, que Plinio no dejaba de reírle, pero por supuesto, sin perder detalle de las alteraciones y metamorfosis de Dupón. . . Todo lo que no fuese el perfil del pecho de aquella chica, acabado de manera tan aguda, había desaparecido para Dupón. Cuando ella se volvía totalmente de espaldas, Dupón parecía relajarse un poco e incluso clavaba los ojos en el diario, o extendía su lánguida mirada por todo el salón. Pero apenas ella rehacía su escorzo mostrativo, Dupón, sin el menor disimulo, entornaba los ojos, y espiaba la menor asomada, tensión o temblequeo de aquella teta lateral. Daba la sensación de que veía más que nadie. Como si con un telescopio invisible, columbrase las más finas venas de aquel pecho, los estremecimientos de su piel, y las leves gotas de sudor que pudiesen perlar aquellas reconditeces del brazo y su vecindad sedosa y montañera. Y a veces él, sutilmente —lo apreció Plinio— entreabría la boca, o la apretaba en forma de beso, como si se sintiera que aquella mama juvenil y distante, viajaba hasta la misma punta de sus labios.

. . . Y fue todo mucho más bonito todavía, cuando una hora después, la pareja de jóvenes se dispuso a marchar, Plinio pudo ver cómo el señor Dupón seguía a la chica con la vista, fijamente, queriendo aprovechar los últimos y posibles escorzos, hasta que desapareció por la puerta del café. Así que dejó de verla le llegó un violento desinflé. No sé qué raudo regreso a su mismidad, que en menos que lo digo, su gesto, su mirada, y su tensión de músculos y astucias, volvieron a su lejanía nirvánica y despectiva, de hombre solo, que flota, ajeno de Plinio, de la tertulia de solterones, y de todo el café suavemente bullente y luminoso a aquellas horas.

Porque como concretó Plinio a don Lotario en la barra del Bar Alhambra, era seguro que el señor Dupón no conocía de nada a aquella chica. Ni ella a él. Varias veces se volvió hacia Dupón y no hubo el menor amago de saludo. Y también estaba claro que no le interesaba lo más mínimo el culo, el cuello, el arranque del brazo, las piernas, la cara o el pelo de la moza. Al señor Dupón lo único que le importaba era el pecho y sobre todo —y esto es otro matiz muy a tener en cuenta— de perfil.

A partir de aquella interesantísima mañana, Plinio, desde su diván, que hacía ángulo recto con el habitual del señor Dupón, prestó, si cabe, mayor atención a las reacciones del caballero elegante. Para Plinio, como es sabido, el espectáculo más interesante de la vida es el hombre mismo, el ser humano sumergido en el papel de su propia comedia. Por eso lo pasaba bien en Madrid aunque apenas tuviera con quien hablar. El pasearse por la calle fijándose en todo, u observar desde la mesa de un café el trasiego de tipos, le hacían pasar el tiempo sin sentir. En el pueblo, los tipos son más repetidos y sabidos. Pero Madrid es un manero



inagotable. A veces se reía recordando a alguien que vio por las calles. Por ejemplo, la anochecida que se encontró con un hombre solo, llorando a lágrima viva por la Puerta de Alcalá. Plinio había visto muchas veces mujeres llorando solas por la calle, pero a un hombre, jamás. Y era un señor elegante, más que cincuentón, con corbata de nudo gordísima y sombrero en la mano, que lloraba con la cara alta, el gesto operístico y haciendo ausiones sonorísimas.

Su implacable fijeza en el señor Dupón, le permitía sacar otras conclusiones amenísimas. La primera fue, que Dupont, sin duda bastante miope, aunque ni guiñaba los ojos, no reaccionaba en absoluto ante las damas más imponentes, de frente o de perfil, cuando estaban a ocho o diez metros de sus ojos. Y segundo, que con la sola excepción del pecho, le tenía absolutamente sin cuidado la topografía femenina. *A lo mejor es que tuvo una infancia mal mamada*, pensaba Plinio riéndose. Así, cuando veía acercarse a alguna chica o señora, inmediatamente tensaba el gesto. Le echaba sus ojos astutos y complacientes a la vez, hacia la parte más alzada y pectoral. Si el modelo de pecho no era de su gusto, o la mujer se colocaba en posición que dejaba invisibles aquellos altozanos, rápidamente el señor Dupón reanudaba el concierto de sus actitudes normales, como si la dama enfocada no existiese. Lo divertido era, cuando la observada de turno se colocaba de forma que solamente al hacer algunos movimientos se le veía el perfil que Dupón apetecía. Entonces, se pasaba las mañanas acechando con astucia y paciencia increíble, el momento que se le hiciese columbradera aquella parte codiciada. Simulaba leer, beber tragos o fumar en su larga boquilla, pero la verdad es que sus ojos, imperdonables, cada pocos segundos echaban un vistazo rápido, hacia el rodal superior y delantero del tronco de la chica o señora de su fijación.

Lo que pensase Dupón de él, le fue imposible deducir a Plinio. Cuando lo miraba, rara vez pasaba los ojos sobre el municipal de Tomelloso con la misma indiferencia que si fuese un mueble más. . . Plinio sospechaba que Dupón se había dado cuenta de sus observaciones. Pero en el fondo le era igual lo que pudiese pensar aquel sujeto con pinta de paleta endomingado.

Cuando pasados unos días Plinio empezaba a aburrirse con las breves y repetidas alteraciones del señor Dupón, ocurrió algo nuevo y amenísimo.

Plinio llegó al Gijón a la hora de siempre y tuvo la curiosa ocurrencia, que don Lotario llamaría pálpito, de al pasar junto al coche de lujo del señor Dupón, mirar de nuevo la cédula. . . pero fijándose esta vez en la dirección de su domicilio.

Entró por fin, pidió su cerveza y empezó a pasar discreta revista a los clientes del café. Entre ellos, naturalmente, estaba el señor Dupón en su mesa de siempre, con su copita de Jerez, cigarrillo de

larga boquilla y periódico matinal. El care estaba tranquilísimo. Los camareros se movían con aire pausado y el sol que entraba por los ventanales bien abiertos lucía jubilosos los mármoles negros de las mesas, los dibujos originales que adornan las paredes, el vidriado, las cucharillas y la tela roja de los divanes. Los chicos de la barra hablaban entre sí sin mayor ocupación, el limpia hojeaba un periódico deportivo de codos sobre la vitrina del tabaco. Los escasos consumidores, bien escaqueados, leían o miraban con ojos de paz y domingo. Pero de pronto, cosa inusitada, se abrieron de par en par las puertas del café y empezaron a entrar hasta unas treinta personas. “Es una primera comunión, sabe usted —dijo Fernando el camarero a un cliente próximo a Plinio. Pero como están reformando el restaurante, va a ser aquí. Menos mal que no vendrán muchos más”. Eran gentes de medio pelo, seguramente vecinos de la calle de la Libertad, Barbieri o el Pasaje de la Alhambra. Los camareros unieron varias mesas en el centro del café, acercaron sillas y tomaron asiento aquellas familias endomingadas que rodeaban a un niño vestido de blanco y cara de mimado. Plinio ponía ojos de guasa viendo fumar a aquellas señoras mayores, con aire primerizo, que echaban el humo con mucho énfasis y aire de no gustarles absolutamente nada el sabor del tabaco.

En la mesa de convite más próxima a Plinio, se sentó una tremendona, muy pintada y de aire folklórico, mucho más acostumbrada a fumar que sus rodeantes, que tenía las mamas de un esférico agresivo. Inmediatamente pensó Plinio en el señor Dupón y hacia él volvió los ojos con su habitual cautela. Pero no tuvo ocasión de ver la reacción del exquisito ante aquella cordillera lechal. El señor Dupón, de manera desacostumbrada, se tapaba la cara con el anchísimo periódico, como si no quisiera ver o temiera ser visto. Posiblemente alguien le molestaba de aquella reunión popular y voceada. Plinio, sorprendido, afinó la observación y vio cómo con astucia, Dupón ponía a veces el periódico de tal manera, que sin descubrirse la cara, podía echar una ojeada rápida a aquel personal para enseguida cubrírsele del todo. Y en seguida, no le cupo duda, que la persona que vigilaba o temía, era la folklórica mamellísima que ofrecía su costado derecho hacia la mesa de Dupón.

Servían los dulces en aquel momento, y los convidados miraban al niño recién comulgado, que con cara de halago, hacía unas monadas bastante imbéciles. Hablaban los festejantes a voces, y los habituales del Gijón en las agradables mañanas domingueras ponían caras larguísimas. En aquel momento —todavía no había llegado Cabañero— Dupón, siempre con el periódico ante la cara, dejó un billete de cien pesetas sobre el mármol, se guardó los trebejos de fumar, se colocó el sombrero, y rápido, aprovechando un momento en que la folklórica se giró un poco a la derecha para darle lumbre a otra fumadora flaquísima y dentellona, atropelladamente



cruzó el local y salió... Pese a tanta precaución y ligereza, juraría Plinio que la folklórica había visto y reconocido al fugitivo, en el momento de trasponer la puerta del café. Tanto es así, que se incorporó un segundo, como con intención de seguirlo. Pero en seguida frenó y se limitó a mirar hacia los ventanales para ver si pasaba ante ellos. Naturalmente que no pasó. Aunque tenía el coche en aquella dirección. Sin duda dio la vuelta por la calle de Prim, que está justamente a la derecha del Café. Como la mujer estaba completamente de espaldas a él, Plinio no tuvo más datos para estas deducciones, que su amago de levantarse y su rápida manera de mirar a la ventana.

Cuando Fernando el camarero vio la plaza vacía y el billete del señor Dupón sobre la mesa, hizo un gesto de extrañeza y recogió el servicio. E inmediatamente —cosa que no esperaba Plinio— la folklórica se volvió con gran decisión y llamó a Fernando. Cuando estuvo a su altura se puso de pie y con aire de gran reserva le preguntó algo señalando a la mesa que acababa de quedar libre. Fernando le contestó con breves palabras. Ella le escuchó con los ojos muy atentos y pensantes, y después de darle una propina con disimulo, volvió al convite como si tal cosa.

Este se pasó el resto de la mañana hasta que llegó Cabañero, intentando imaginar qué conexiones tendría aquella mujer con don Alberto Dupón García... Por discreción no se atrevió a preguntarle al camarero qué le había dicho la folklórica. Y sonriendo, sin saber por qué, el Jefe de la G.M.T. sacó su carnet de notas y apuntó el nombre y la dirección del señor Dupón, que aquella misma mañana había leído en la cédula del coche... Y después, pensó con nostalgia, que de haber estado presente don Lotario, podían haber dialogado sobre aquellas observaciones y cuanto de ellas imaginaba entre trago y trago, pito y pito, y las gesticulaciones convenientes.

Y por fin le llegó a Plinio su último día madrileño. La Gregoria estaba ya completamente fuera de cuidado y marcharían todos con el amigo Vicente Porras. Plinio lo había citado en el Gijón para comer juntos y luego irían a recogerlas a la clínica.

Cuando se bajó del taxi frente a la terraza del café —pues el taxista por equivocación lo llevó por la calzada central de Recoletos— vio a la folklórica del día anterior, que sentada con otras dos mujeres de traza parecida, miraban con insistencia a la puerta del café por encima de la barrera de evónimos.

Plinio entró pausadico. Todavía no había llegado Dupón. No le extrañó. No era su hora. Pidió un cortado —era demasiado temprano para la cerveza— y abrió un periódico que llevaba por casualidad, y esperó. No le cabía la menor duda de que la folklórica y sus amigas, de tan parecida traza y oficio, esperaban a Dupón. Pensando en esto, y por si lo abordaban en la misma calle, se corrió a otra mesa que quedaba enfrente del ventanal desde la

que podía verse perfectamente lo que ocurriese en buena parte de la acerca.

A la una menos cuarto llegó Porras:

—Jefe Plinio, aquí me tiene a su enterita disposición para lo que ordene beber, comer y de lo otro.

—Anda siéntate unas chuscas y tómate algo.

—No me diga Jefe, que anda de pesquisas, aquí en el extranjero como quien dice —dijo al ver que Plinio estaba tan fijo en lo que pasaba por la calle.

—Tú siéntate y calla.

—Me siento y callo. ¿Pero dónde miro, Jefe? ¿Dónde está la pieza?

—De momento en ninguna parte.

—Pues hala, a cerrar los ojos hasta que usted me diga.

—¿Tienes el coche bien dejado?

—Como una rosa, Jefe.

Le pidieron las cervezas a Fernando.

A la una y diez se dibujó el señor Dupón García en el recuadro de la puerta, tan recortadito, con un traje muy claro, ya de verano, y una clavellina en el ojal de la solapa. Parecía contento y completamente confiado. Con paso menudo y aquella sonrisa edulcorada y a la vez lejana, que casi siempre le decoraba el semblante, cruzó el café y se sentó tras la mesa acostumbrada. Enseguida le pasó Fernando su copita de Jerez. Dupón le agradeció la prontitud del servicio con una levisima inclinación de cabeza muy sonreída. Cambiaron unas palabras, seguramente sobre su marcha rápida del día anterior, tomó un picolín de vino, y se puso a ver el periódico.

Porras, que vio la dirección disimulada, pero insistente, que tomaban los ojos de Plinio, le preguntó en voz baja:

—Jefe ¿a ese bombón de licor es al que hay que mirar?

—Sí, pero con discreción.

—Pues, hala, ojitos míos, mucha discreción.

Y mientras se bebía la cerveza, entornaba los párpados, se hacía el dormido y otras mil payasadas para demostrarle a Plinio la discreción de su mirar.

—¿Sabe lo que le digo Jefe? Que ese caballero, si no es marica, le falta un mollete.

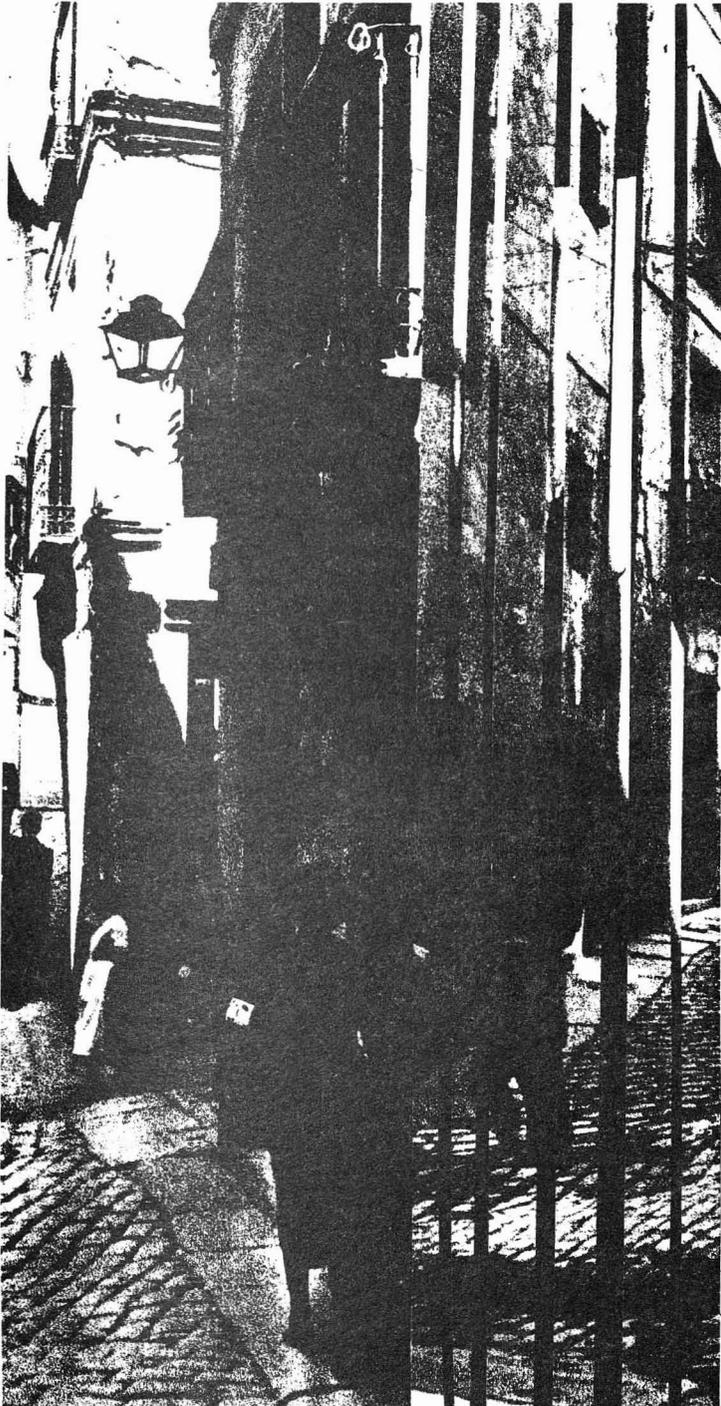
—... Pues no sé porqué me parece que no tiene nada de marica.

—Le falta un mollete, Jefe, un mollete.

En estas estaban, cuando vio Plinio que la folklórica y sus dos acompañantes, también del sindicato del bidet, cruzaban a buen paso ante los ventanales del café, camino de la puerta.

—Atento, amigo Porras —le dijo Plinio por lo bajo— que ahora va a comenzar la comedia.

—Entonces Jefe —dijo con los ojos bajos— ¿puedo mirar ya sin discreción de to a to?



Las tres mujeres, que al pasar ante el ventanal se cercioraron dónde estaba sentado Dupón, entraron en el café sin el menor titubeo, y con las caras largonas se fueron hacia él.

La sorpresa de Dupón fue tan grande, que no pudo reflejarla con gesto especial alguno. Toda su cara quedó inmóvil y de una seriedad enjalbegada.

Las tres mujeres lo tenían todo perfectamente estudiado. Se sentaron: la folklórica al otro lado de la mesa frente de Dupón, y las otras dos en el diván cada una a un lado de él y tan apretadas, que el pobre no tenía escape posible.

— ¡Huy jefe! que al bombón de licor se lo jalen entre esas tres tremendonas. ¿Pero qué ha hecho el pobrecico mío?

— Calla.

Calló Porras, pero fue inútil. Las tres mujeres, aunque con gestos de pasión, hablaban tan bajo y tan cerca de la cara de Dupón, que no había manera de oír nada. El hombre, completamente arrepretado, aguantaba las estocadas, casi silbadas, de las tres furias, en posición de maniatado, con los párpados bajos y cada vez más hundido. . . Era curioso ver a aquellas mujeres hablar y hablar, con los ojos encendidos, los labios sacados, quietas las manos y las voces sordas. Y al hombre con aquel rostro de tortura.

— Qué le estarán diciendo, Jefe, que el pobre que se está muriendo sin rechistar.

Enseguida llamó la atención a Plinio y a Porras, que las tres mujeres, por turno arbitrario y en repetidos momentos de sus soliloquios, se llevaron la mano al pecho. E incluso una, la folklórica que tenía enfrente, hubo un momento que pareció que iba a sacarse una mama por el escote.

— Ay Jefe que éstas acaban dándole de mamar al bombón de licor.

La escena se prolongaba, e incluso parecía que empezaba a perder tensión, pues el señor Dupón alzó los ojos y dijo algo, cuando la folklórica de enfrente, metió la mano rápidamente por debajo de la mesa. Dupón dio un grito sordo, pero que se oyó en todo el café, a la vez que se llevaba ambas manos a semejante parte.

— Atiza manco, Jefe, que esa del traje de rayas le ha pinchado al bombón mismamente en la bragueta. ¡Qué cosas se ven en Madrid!

Todas las caras de los parroquianos se volvieron hacia la mesa del pinchazo. Pepito, el dueño del café, y los carmareros, también miraban con cara de sorpresa. Ahora Dupón, puesto de pie, un poco inclinado hacia delante y con la mano puesta sin disimulo en el sitio pinchado, lloraba con la boca abierta, los ojos muy cerrados y recortadísimos sollozos. Las mujeres, un poco desconcertadas, se levantaron también. La escena era muy rara. El hombre con la mano así, la cabeza inclinada y llorando, y ellas de pie y sin saber qué partido tomar.



Por fin Pepito y Fernando avanzaron decididos a ver qué pasaba. El señor Dupont al verlos venir, y diríase que amparándose en su posible protección, sin quitarse la mano de la parte, empujó a la que le cortaba el paso por la derecha y avanzó en dirección a los servicios. Pero apenas llegó a la mitad del salón, entre la expectación de todos, se rehizo, y como olvidado del dolor, echó a correr hasta la calle.

—¡Canalla! ¡Canalla! cojan a ese sinvergüenza —gritó de pronto destemplada la folklórica, haciendo además de seguirle.

Pepito la contuvo y empezó a discutir con ellas. El camarero quedó en pie a escasa distancia.

Las tres hablaban a la vez y como antes, con frecuencia, se llevaban la mano al pecho, y señalaban las partes más encumbradas de ellos. Poco a poco se fueron aplacando los ánimos. Pepito se sentó con ellas, que seguían hablando. El camarero también escuchaba pero poniendo cara como si le doliera algo.

Así las cosas llegó Cabañero, con los periódicos debajo del brazo.

Las tres mujeres se ponían de pie ya para irse. Se despidieron muy finas de Pepito y marcharon con cierto aire de orgullo.

Una vez que le explicaron a Cabañero brevemente lo que había pasado, le dijo Plinio:

—Anda Eladio, tú que eres amigo del camarero, pregúntale qué han dicho las mozas.

—Eso está hecho, Jefe —y llamó a Fernando.

—¿Qué ha pasado, Fernando?

—Ay qué buena persona es este don Eladio.

—Sí, ya lo sé ¿pero qué ha pasado?

—Que por lo visto esas tres son de la vida.

—Ya, ¿y qué? —preguntó Plinio impaciente.

Pues que han conocido al señor Dupont como cliente antiguo de ellas. . .

—Que no les pagaba —cortó Cabañero.

—Sí que les pagaba y muy bien. Lo que pasa es que el tío, fíjese usted, es un sádico, y así que puede le pega un mordisco en el pecho a la compañera hasta arrancarle el pezón. . .

—¡Ay! —gritó Porras con horror— madre mía qué bestia.

—Y parece ser que las tres “esas” están despezonás, o medio despezonás. . . Porque a veces, en vez de llevarse todo el botón, se lleva medio. . . Qué me dice usted, don Eladio, con lo tranquilo y fino que parecía el señor. Venga de beber el vino con sorbos tan delgados y así que tenía una en la cama, ¡auu! , a comerla.

—Otra vez me da el repelús —saltó Porras—. ¡Qué horror Santa Virgen de Las Viñas!

—No le decías bombón de licor.

—Pues ha resultado cepo de tetas.

—Manuel, a este caso tendrá usted que llamarle “las fresas del café Gijón” —le dijo Eladio sonriendo.

—Eso está bien. Pero esto ni caso ni na. Sólo he estado de mirón.

—Qué importa, también se corren aventuras con los ojos. . . Venga señores, vámonos a comer.

—Yo no comeré más que sopas —dijo Porras.

Y salieron los tres con pasos lentos.

—¡Ay qué buena persona es este don Eladio! —quedó diciendo Fernando el camarero con cara de mucha satisfacción.

Cuando acabó Plinio el recuento, de codos sobre la barra del bar Alhambra, y después de la cuarta cerveza, le preguntó:

—¿Qué, se acuerda usted ahora del caso de las fresas del Café Gijón?

—Si acordarme, me acordaba, Manuel, lo que pasa, ya te dije, es que en ese momento no caía.

Y yo no creo que en Madrid pueda haber otro comedor de fresas. . . Lo más cierto es que él se comiese también las de esa chica, que encontraron desnuda y apaleada a la altura del kilómetro 25 de la carretera de Andalucía.

—Seguro que llevas razón Manuel.

Al día siguiente, cuando a eso de las nueve de la mañana, Plinio, después de desayunar su café con churros en la buñolería de la Rocío, entró en su despacho, sonaba el teléfono.

—Diga. . . ¿Qué tal Comisario Perales? . . . No, no he visto los periódicos todavía. Aquí no llegan hasta medio día.

Entre lo que tardó el Comisario Perales en contarle a Plinio lo ocurrido la noche anterior en Madrid, y lo que tardó Plinio en resumirle al Comisario la historia que él sabía de don Alberto Dupont García, sí pasaría media hora de conferencia.

Apenas concluyó, se caló la gorra de plato, y salió disparado para la ex herrería y clínica veterinaria de don Lotario. Este, en el momento de llegar Manuel, no hacía otra cosa que mantener ambas manos en los bolsillos del pantalón, el cigarro en la comisura derecha de los labios, y los ojos mirando por la ventana.

—Pero coño, Manuel, ¿qué pasa?

Plinio se sentó y quedó mirándole con ojos entre bromistas y vanidosos.

—¿Que qué pasa? Que a última hora de ayer encontraron, justo a la altura del mismo kilómetro 25 de la carretera de Andalucía, el cuerpo muerto y “horriblemente mutilado” de don Alberto Dupont García.

—No me digas. Pero horriblemente mutilado ¿por qué parte?

—Apaleado, y naturalmente “horriblemente mutilado” en las mismas partes naturales que yo vi en cierta ocasión pincharle con un alfiler.

—Angela María.